

## Pequeña antología de Amador Palacios

### El peluquero del rey Midas

¡Enterraíto!

dejé el secreto,

bien relleno de tierra,

¡enterraíto!

Pues mi rey es estúpido,

poniendo un cero a Apolo;

y yo viendo que Apolo

pone orejas de burro

¡al muy estúpido!

¡Cañaverales!,

qué traición me habéis hecho

¡cañaverales!

Yo me mordí la lengua

enterrando el secreto,

bien relleno de tierra

(es por eso), y vosotros...

a poco viento que hace,

¡cómo os vais de la lengua!

## **De apolline**

A Jesús Maroto

Mi educación cristiana me conduce a invocar a un solo dios  
elevando la vista, o los ojos del pensamiento,  
en busca de la hipótesis  
de un cielo gris marengo.

El dios que entonces se me viene a la cabeza es Apolo,  
con su apuesto torso desnudo  
—en su piel sólo una manita de bronce—  
y su cráneo peluqueril.

Él hace lo que hace, dios guapo y engreído,  
dejando su trabajo de escriba inspirador  
y su enjundiosa molicie eterna,  
ladeando su nuca para atenderme fugazmente.

## **La herida**

A veces la herida es una pequeña muerte, una revelación  
que muestra ese retablo  
(otros llaman película)

de estampas adensando una compacta  
cronología.

Otras veces, la herida fluye  
procurándonos un contento (adusto)  
que convalece en grumos de piedad.  
Muchas otras nos pide, pensativa,  
que separemos muellemente las piernas  
y ofrezcamos las ingles a la música.

La herida es cortesana  
plena de timidez, halago, escalofríos  
por los que en su existencia vivimos de un pavor enamorado,  
del rasgo estremecido que la herida supone;  
y, eso sí, consolándonos con un buen vino rojo.

### **Canción fúnebre**

Se acabó la vida enhiesta  
y empieza una vida a ras.  
Ley de descomposición  
más cruda que la vital.

El cuerpo va descansado  
con una banda detrás.  
Desperezando compases  
se entra a un blando más allá.

Muerte y  
música. ¡Ah!